

2.000.000

de **CARACOLES** y 50 kilos de **CALLOS** encontrarán hoy en **LA ALEGRIA**

5-CALLE DE GUETARIA-5

FUNERARIA DE LA SOLEDAD

Unico depósito de féretros, arcos de hierro galvanizado del *The Funeral* con privilegio por 20 años, desde lo más serio y económico á las más ricas Tubulares. También se encarga de las de madera de todas formas y adornos con economía, cama imperial y hábitos de varias órdenes. Servicio permanente.

4, VERGARA, 4

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE SAN SEBASTIAN

Banda municipal

ANUNCIO

Hallándose vacantes en la Banda municipal las plazas de Clarinete solista, Requinto, Flauta y Clarinete, clasificadas de 1.ª y con el haber diario de 3,25 pesetas la primera, 2,75 la segunda y tercera, y 2,50 la cuarta, las cuales deberán proveerse por oposición, se pone en conocimiento de aquellos que se brean con méritos para aspirar á cualquiera de ellas, que las instancias se admitirán en la Secretaría del Ayuntamiento hasta las seis de la tarde del día 20 de Mayo próximo; advirtiéndose que del sueldo señalado á cada uno se descontarán diez céntimos de peseta diarios, para el fondo de reserva.

San Sebastian 29 de Abril de 1890.—El Alcalde Pres *Samaniego.*



Unico representante en Guipúzcoa, D. Enrique Pabere, hijo.—San Sebastian.

Pacific Steam Navigation Company

LINEA DE VAPORES DEL PACIFICO

Próxima salida de Burdeos: el 31 de Mayo de 1890, á las diez de la mañana, vapor



para la Coruña, Vigo, Lisboa, Rio de Janeiro, Montevideo (con trasbordo para Buenos-Aires) y el Pacifico.

Precios de pasajes

	1.ª clase Francos	2.ª clase Francos	3.ª clase Francos
Puertos del Brasil..	690 y 700	500	150 y 200
Montevideo.	700 y 875	500	160 y 210
Buenos-Aires.	700 y 875	500	165 y 215
Pacifico.	1.875	1.250	400 y 500

Para informes, pasaje, foto, etc., etc., dirigirse á los agentes:

Henry Davis, Burdeos, Pavé des Chartrons, núm. 1.

Isaac Leon, Hijo Mayor y Hermano, San Sebastian.

Antonio Larrañaga, Tolosa.



LA FUNERARIA

Primitiva y única casa de pompas fúnebres: cajas metálicas, hierro palastro, nuevas formas y modelos, desde 10 pesetas en adelante para párvulos y desde 40 en adelante para adultos. Cajas de madera de primera clase, á 30 pesetas, de segunda, á 12,50; de tercera á 10, y de cuarta á 5, y para párvulos de 2,50 en adelante. La casa se encarga de todo trabajo ulterior. Servicio permanente día y noche. Coronas de azabache, porcelana, flores y siemprevivas de todos gustos.

22, San Marcial, 22
TELÉFONO NÚMERO 87

Cemento Portland

LARRAÑAGA HERMANOS, PASAJES.

IMPORTANTE A LOS CONFITEROS

Papel especial para bolados.
De venta en Rentería, calle del Medio, núm. 1, y en San Sebastian, calle de Urbieta, núm. 18.



AGENCIA GENERAL

DE

Comisiones, Expresos y Trasportes

PARA

EUROPA Y AMÉRICA

15-Carrera de San Jerónimo-15, MADRID

Esta Agencia se encarga de recibir **AVISOS** de las personas que tengan para **alquilar hoteles, casas ó habitaciones** para la próxima temporada, tanto en **San Sebastian** como en los **pueblos de la costa**.

Reunidos los datos necesarios con sus precios y situación de las fincas, facilitará las noticias de las mismas á los bañistas ó veraniegos en Madrid.

Los viajeros que por conducto de nuestra Agencia lleguen al punto designado por los mismos, recibirán en la estación y acompañados por dependientes del **CONTINENTAL EXPRESS** á su domicilio.

Dirigirse en **SAN SEBASTIAN** á la **Administración de este periódico**, calle de San Marcial, letra L, ó al **Director del CONTINENTAL EXPRESS** en **MADRID**.

Perfumeria de LA CONCHA

Alameda, 25

Jabones, agua de Colonia y extractos de tocador **A PRECIOS DE FABRICA**

Jabones, desde 10 céntim. la pastilla.
Agua de Colonia, desde 0,75 céntimos frasco.
Extractos, desde 1,25 pesetas id.

AGUA DE COLONIA POR LITROS SIN ENVASE.
Clase superior, 4 pesetas litro.
Id. fina, 3 pesetas litro.

VENTAS AL POR MAYOR CON GRANDES DESCUENTOS.

Pídanse catálogos

Jabones y perfumes ingleses y franceses de las mejores marcas.
Artículos de tocador de última novedad.

A LAS COSTURERAS

Todo el que quiera comprar buenas máquinas para toda clase de costura, dirijase al mecánico Mendía, quien, en su calidad de tal, garantiza por cuatro años toda máquina que se compre en su casa. Se hacen reparaciones con garantía en todos los sistemas.

Plaza de Guipúzcoa, número 16

JUNTO "LA URBANA"

MARÍA HERRMANN

Corsetera, avisa á su clientela que ha trasladado su tienda á la calle de

Lo yola, 2, esquina á la Avenida.

Imprenta de LA LIBERTAD

miradas, serpenteaba bajo una vegetación impenetrable. Al llegar á ella un fugitivo no tenía que hacer sino un movimiento de culebra para verse libre de toda posibilidad de ser alcanzado. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores habían considerado inútil cerrarla por otros medios.

El marqués no tenía ya que hacer sino alejarse de aquellos sitios, para lo cual no necesitaba disfraz, porque desde su llegada á Bretaña no se había quitado el traje de campesino, juzgándose más gran señor así que con el suyo propio.

Se limitó á quitarse la espada cuyo cinturón había desabrochado y arrojado por tierra. Cuando Halmalo y el marqués desembocaron por el pasadizo, los otros cinco, Guinoseau, Hoisnard Rama de Oro, Pimpollo de Amor, Chatenay y el cura Turmeau ya no estaban allí.

—No han tardado en remontar el vuelo, dijo Halmalo.

—Imitalos tú, dijo el marqués.

—¿Quiere el señor que le deje solo?

—Sin duda; ya te lo he dicho: no es fácil la fuga sino estando solo, pues por donde uno pasa, dos no pueden pasar muchas veces: juntos, llamáramos la atención, tú causarías mi muerte y yo la tuya.

—¿Conoce el señor el país?

—Sí.

—Nos reuniremos en la Piedra Gauvain?

—Mañana á las doce.

—Allí iré; allí iremos todos.

Halmalo se detuvo y luego añadió:

—¡Ah señor! ¡Cuando pienso que nos hemos visto en alta mar, que estábamos solos, que quise mataros, que erais mi señor y podiais decirme lo y sin embargo no me lo dijisteis! ¡Ah, qué hombre sois!

El marqués dijo pensativo:

—La Inglaterra; no hay otro recurso. Es preciso que dentro de quince días estén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que dar al señor; he desempeñado sus encargos.

—Ya hablaremos de todo eso mañana.

—Hasta mañana, señor.

—A propósito, ¿tienes ganas?

—Y buenas; tenía tanta prisa por llegar, que creo no haber comido nada en todo el día.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la partió en dos pedazos, dio uno á Halmalo y se puso á comer el otro.

—Señor, dijo Halmalo, á la derecha tenéis el barranco y á la izquierda el bosque.

—Está bien, dejame; véte adonde tengas que ir.

Halmalo obedeció perdiéndose en la oscuridad. Oyóse un ruido de ramas removidas, y

después nada; al cabo de algunos segundos habría sido imposible seguirle la pista. Aquella tierra del Bocage, erizada é inextricable, era la auxiliar del fugitivo, el cual podía decirse no que desaparecía, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersión rápida era la que hacía vacilar un ejército ante aquella Vendée, siempre retrocedente, y aquellos guerreros tan formidablemente fogitivos.

El marqués permaneció inmóvil. Era de aquellos hombres que se esfuerzan por ser estóicos: sin embargo, no pudo menos de sentir cierta emoción al respirar el aire puro después de haber respirado el vapor de tanta sangre y tanta carnicería. Hallarse completamente á salvo después de haberse visto completamente perdido; tomar posesión de una seguridad plena después de haber tenido tan cerca la tumba; salir de la muerte para entrar de nuevo en la vida, aun para un hombre como Lantenac, era motivo bastante para experimentar cierta sacudida nerviosa; y aunque ya había atravesado por situaciones semejantes, no pudo impedir que su alma imperturbable sintiera una especie de conmoción por algunos instantes. Confesóse á sí mismo que estaba contento, si bien dominó en breve aquel movimiento muy parecido á la alegría, y sacando su reloj apretó el muelle de la repetición. Quería saber la hora que era.

Con gran sorpresa suya observó que no eran más que las diez. Cuando se ha pasado por una de esas peripacias de la vida humana en que se aventura todo, se extraña que minutos tan llenos de acontecimientos no sean más largos que los otros. El cañonazo de aviso había sido disparado un poco antes de la puesta del sol, y la Tourgue había sido embestida por la columna de ataque, media hora después, al anochecer, entre siete y ocho. Es decir, que aquel colosal combate, comenzado á las ocho, había concluido á las diez; que toda aquella epopeya había durado ciento veinte minutos. A veces se suceden las catástrofes con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen de esas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre el caso, se comprende que lo verdaderamente admirable era, no que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. Una resistencia de dos horas de tan pequeño número contra tan gran número de combatientes, era cosa realmente extraordinaria; y ciertamente no había sido corta aquella batalla de diecinueve contra cuatro mil, ni la victoria había sido tampoco tan completa.

Como Halmalo debía ya de estar lejos, el marqués juzgó que era tiempo de abandonar aquel paraje, donde no tenía ya necesidad de

lado, ofreciendo dos pasos uno á derecha y otro á izquierda; estrechos, pero suficientes para que por ellos penetrase un hombre. Más allá de aquella puerta inesperada se veían los escaños de una escalera de caracol. La faz de un hombre aparecía en una de las aberturas.

El marqués conoció á Halmalo.

XII
SALVADOR

—¿Eres tú, Halmalo?

—Yo soy, señor; va veis que las piedras giran, y que es verdad que se puede salir de aquí por ese medio. Llego á tiempo, pero daos prisa: dentro de diez minutos estareis en medio del bosque.

—Dios es grande, dijo el cura.

—Salvos, señor, gritaron todos.

—Primero todos vosotros, exclamó el marqués.

—Vos el primero, señor, dijo el cura Turmeau.

—No, yo el último.

Y el marqués repuso con voz severa: no tenemos tiempo para ser magnánimos. Estais heridos: os mando vivir y huir. ¡Pronto! aprovechaos de esta salida. Gracias, Halmalo.

—Señor marqués, dijo el cura Turmeau, ¿vamos á separarnos?

—Abajo sin duda: no es posible salvarse sino uno á uno.

—Nos dareis un punto de reunión?

—Sí; un claro de la selva, que se llama la Piedra Gauvain. ¿Conocéis el sitio?

—Lo sabemos todos.

—Mañana al medio día estaré allí: los que puedan, que vayan.

—Allí estaremos.

—Y comenzaremos de nuevo la guerra, dijo el marqués.

Entre tanto Halmalo, apoyándose sobre la piedra giratoria, había observado que no se movía. No era posible cerrar la abertura.

—Señor, dijo, démonos prisa porque la piedra se resiste ahora, y si he podido abrir, no voy á poder cerrar.

La piedra, en efecto, á consecuencia de la prolongada inmovilidad, estaba como anquilosada en su charnela, y era imposible imprimirle movimiento.

—Señor, añadió Halmalo, esperaba dejar cerrado el paso, y que los azules al entrar no hallaran á nadie. No pudiendo explicarse vuestra desaparición, os creieran convertido en humo. Pero la piedra no se quiere mover; el enemigo verá el boquete por donde habeis salido; podrá perseguirnos. No perdamos, pues, un minuto: pronto todos á la escalera.

El Imano puso una mano sobre el hombro de Halmalo y preguntó.

—Compañero, ¿cuánto tiempo bastará para que los que salgan por ahí estén con seguridad en el bosque?

—¿No hay ninguno gravemente herido?

—Preguntó á su vez Halmalo.

—Ninguno, le respondieron.

—En ese caso basta un cuarto de hora.

—De modo, reposo el Imano, que si el enemigo no entra aquí hasta después de un cuarto de hora...

—Podrá perseguirnos, pero no nos alcanzará.

—Pero, dijo el marqués, ántes de cinco minutos estarán aquí; ese viejo cofre no pueda detonarlos mucho tiempo; con algunos culatazos quedará hecho añicos. ¡Un cuarto de hora quien! puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo, dijo el Imano.

—¡Tú, Gouge-le-Bruant?

—Yo, señor marqués. Oid: cinco de entre nosotros siete, están heridos: yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo.

—Pero vos sois jefe y ¡yo soldado, y hay diferencia entre uno y otro.

—Ya lo sé, tenemos cada uno diferentes deberes que cumplir.

—No, señor: tenemos los dos el mismo deber, que es salvarnos.

El Imano se volvió hacia sus compañeros.

—Compañeros, dijo, hay que detener al enemigo y retardar la persecución lo más posible. Oid: yo conservo toda mi fuerza y no he perdido una gota de sangre; por lo cual no estando herido, duraré más tiempo que otro. Marchaos todas, dejadme vuestras armas, que yo me encargo de hacer buen uso de ellas y detener al enemigo lo menos media hora. ¿Cuántas pistolas hay cargadas?

—Cuatro.

—Ponedlas en el suelo.

—Inmediatamente fué obedecido.

—Muy bien; yo me quedo aquí y cuando veagan esos señores encontrarán quien les reciba; ahora huid lo más pronto posible.

En situaciones tan supremas están de más las palabras de agradecimiento. Apenas se detuvieron el tiempo de apretarse la mano.

—Hasta luego, le dijo el marqués.

—No hasta luego, señor, creo que no, porque voy á morir y espero que vos vivireis aun mucho tiempo.

Todos penetraron unos tras otros por la estrecha escalera, los heridos primero. Mientras éstos bajaban, el marqués sacó de su cartera el lapiz y escribió una línea en la piedra que como hemos dicho no podía girar y dejaba abierta la salida.